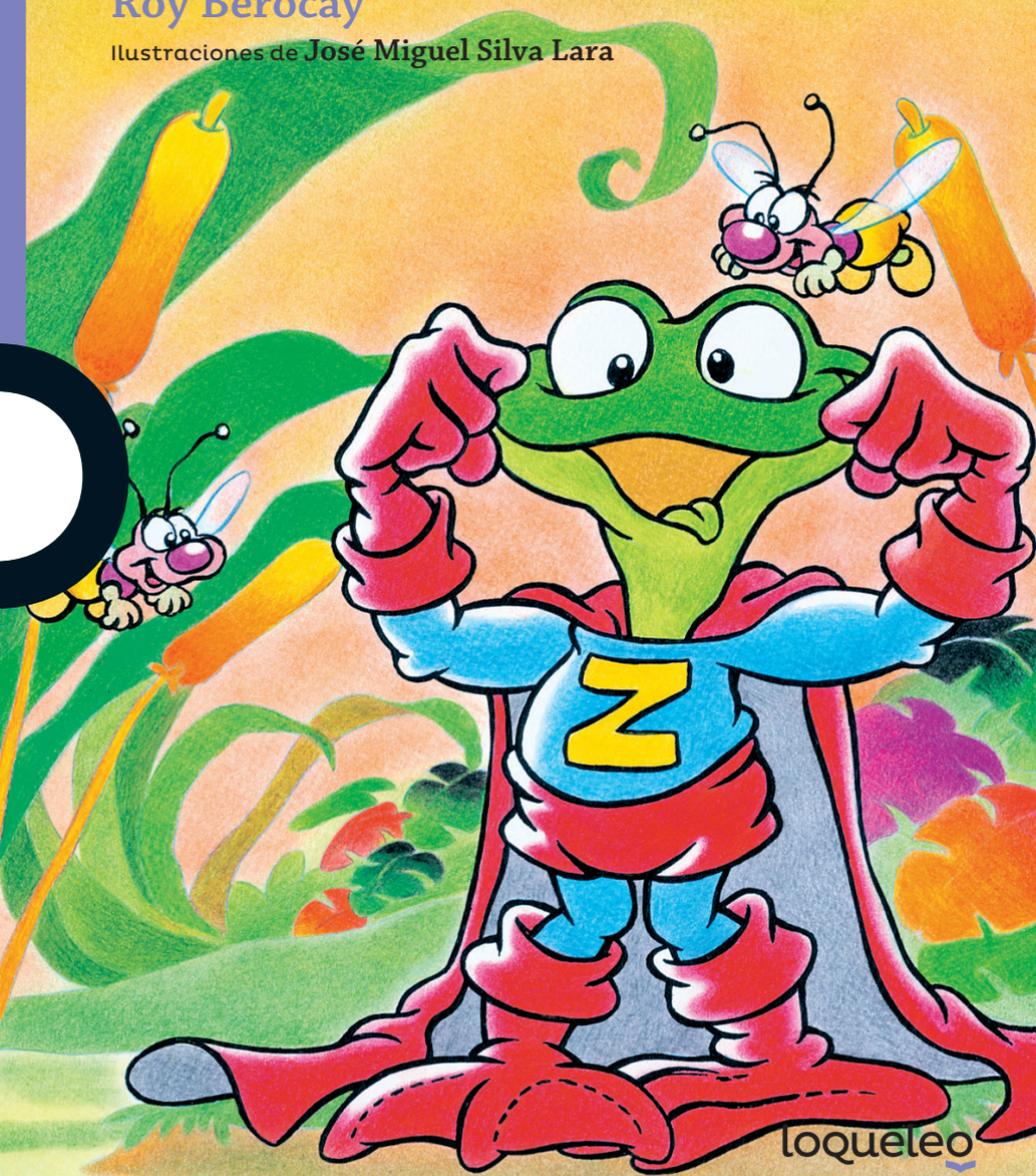


Las aventuras del Sapo Ruperto

Roy Berocay

Ilustraciones de José Miguel Silva Lara



loqueleo



www.loqueleo.santillana.com

© 1996, ROY BEROCAY
© 1996, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Constitución 1889, (11800) Montevideo.
© 2000, 2005, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4316-6
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2015

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA
Ilustraciones: JOSÉ MIGUEL SILVA LARA

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Berocay, Roy

Las aventuras del Sapo Ruperto / Roy Berocay ; ilustrado por José Miguel Silva Lara. - 1a ed.
.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2015.

120 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Morada)

ISBN 978-950-46-4316-6

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Silva Lara, José Miguel, ilus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 7.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE OCTUBRE DE 2015 EN ARCÁNGEL MAGGIO – DIVISIÓN LIBROS, LAFAYETTE 1695, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

Las aventuras del Sapo Ruperto

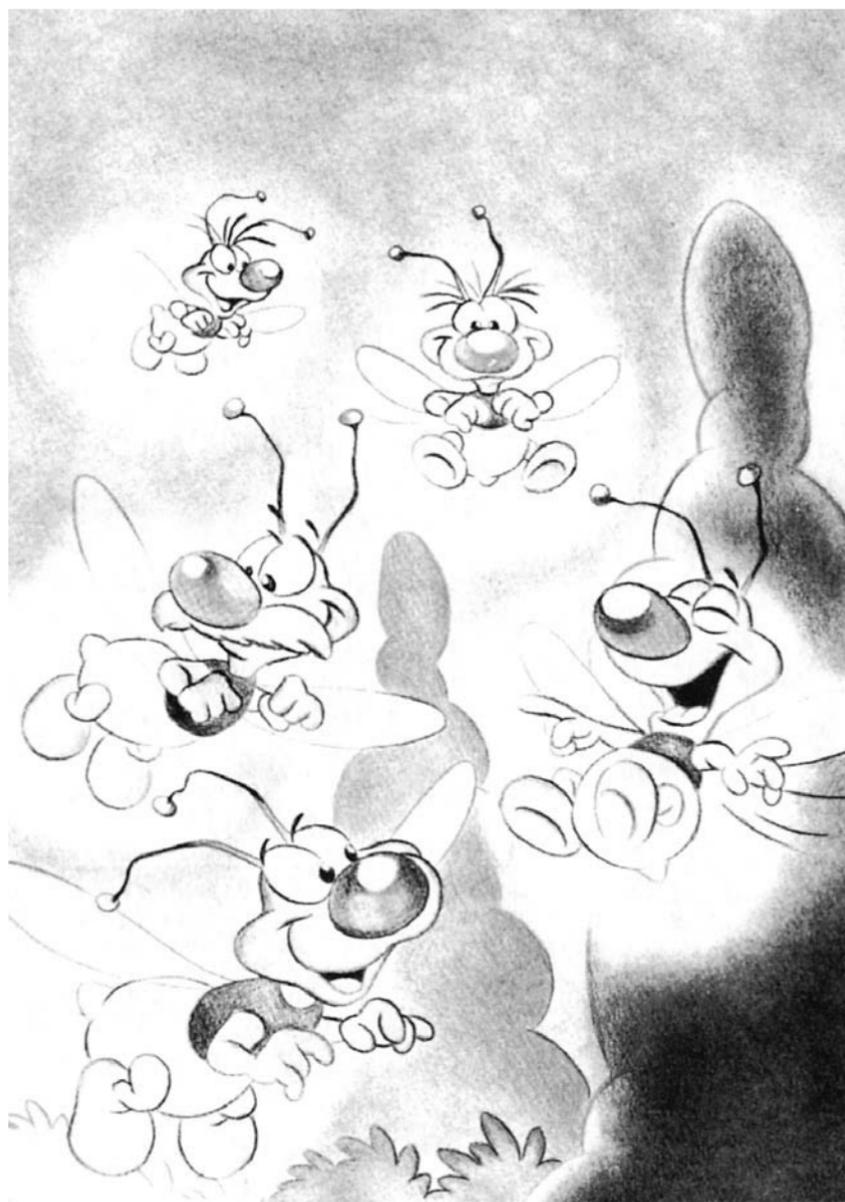
Roy Berocay

Ilustraciones de José Miguel Silva Lara

loqueleog

Índice

Los bichos de luz	9
Ruperto y la caja misteriosa	23
El rescate de la tonina	37
El primer sapo espacial	55
Ruperto Rocanrol	77
El gran pescado azul	91
Supersapo	107



Los bichos de luz

El arroyo Solís Chico era un lugar tranquilo y todos los animales que vivían a sus orillas parecían muy contentos. De un lado, entre unos árboles altos, vivían unos bichos chiquitos y negros. Cerca de ahí, apenas a unos cuantos pasos del lugar donde el arroyo entraba en el mar, había también un enorme cangrejal, que es el lugar donde viven miles de cangrejos. Cerca de la otra orilla, también dentro de un pequeño bosque de pinos, había un charco grande habitado por los sapos.

Los sapos, los cangrejos y los bichos negros acostumbraban organizar carreras, bailes y toda clase de actividades sin que nadie los molestara. De los hombres, mujeres y niños que vivían en las casitas del lugar, los bichos sabían muy poco y como alguien les había dicho que las personas eran seres muy raros y

peligrosos, preferían no acercarse demasiado.

Pero un día todo cambió. El arroyo parecía distinto. Los peces que siempre se arrimaban a comer entre las rocas habían preferido esconderse en el barro del fondo. Los cangrejos, en lugar de salir a tomar el sol en la playa chica, se habían quedado en sus cuevas y ni siquiera los bichitos que vivían en los árboles del bosque se habían animado a salir a volar como lo hacían todas las tardes cuando el sol se hundía en el mar y llegaba la noche.

Algo estaba pasando y todos los bichos andaban muy nerviosos desde hacía muchos días. El lío había empezado unas quince salidas del sol atrás, cuando aparecieron en una de las orillas unas máquinas grandísimas con ruedas que hacían un ruido bárbaro y andaban plaf plaf aplastando plantas y tirando árboles.

Los hombres que manejaban las máquinas andaban de aquí para allá con caras muy serias. Hacían pozos y también medían el terreno con unas tiras largas y amarillas.

Con mucha atención durante esos quince días los animalitos habían observado lo que sucedía. El ruido de las máquinas no los dejaba dormir y cada vez que caía un árbol todos se preocupaban muchísimo, porque sabían que en cada árbol que caía, vivían pájaros, hormigas, mariposas y un montón de otros bichos muy pequeños que de pronto se quedaban sin casa.

Los bichitos negros de la otra orilla decidieron por fin averiguar qué era lo que sucedía. Pero como no eran bichos de hacer las cosas así nomás, se lo pasaron discutiendo un buen rato hasta que decidieron, entre todos, que lo mejor sería enviar a tres bichos espías.

Cuando fue bien de noche, el bicho Juancho y otros dos se aprontaron para cruzar el arroyo.

—Tengan cuidado y vuelvan enseguida —les recomendó el bicho más viejo de todos—, con los hombres nunca se sabe.

Los tres valientes cruzaron el arroyo volando bien bajo y tratando de no ha -

cer mucho ruido. Cuando llegaron al lugar de los hombres, se escondieron entre los yuyos para escuchar la conversación de dos de ellos.

—Si seguimos así, mañana va a quedar todo pronto —dijo uno de los hombres que tenía un casco amarillo que le quedaba muy gracioso.

—Sí —dijo el otro hombre—, así por fin las casas y la escuela de esta zona van a tener luz eléctrica.

Los bichos escondidos quedaron congelados por el asombro. Nunca habían escuchado hablar de esa cosa llamada “luz eléctrica” y pensaron que seguramente sería algo terrible y peligroso.

Cuando los hombres se fueron, los bichos volaron rapidísimo de vuelta a su bosque para contarle a los demás lo que habían averiguado.

—Van a poner una cosa que se llama luz eléctrica —dijo el bicho Juancho poniendo voz de preocupado.

—¿Luz eléctrica? —preguntaron los demás.

—Sí, eso, luz eléctrica —contestó el bicho Juancho.

Todos se quedaron callados. El bicho más viejo bajó entonces de su rama y puso voz de importante: “Estoy seguro de que la luz eléctrica es una cosa mala” —dijo.

—¡Claro! —agregó otro bicho— porque para luz tenemos el sol, ¿no?

Todos se quedaron muy pensativos. Creían que a lo mejor los hombres iban a poner un sol en el bosque de enfrente, un sol que iba a estar siempre allí, prendido hasta de noche.

—Entonces no podríamos dormir —protestó el bicho Juancho.

—Y la luna no sabría cuándo tiene que salir —dijo otro.

—Sí, y todos los bichos del arroyo andaríamos abombados porque con luz todo el día al final quedaríamos cansadísimo —agregó el bicho viejo.

Los bichos se agarraban la cabeza y discutían qué se podía hacer. Uno dijo

que lo mejor sería mudarse a otro bosque. Otro bicho dijo que había que ir y agarrar a los hombres a patadas; pero los bichos se miraron las patas flacas y no creyeron que esa fuera una buena idea.

—Los hombres son demasiado grandes —indicó el bicho viejo.

—¡Lo tengo, lo tengo! —gritó de pronto Juancho—. Lo que tenemos que hacer es esperar a que terminen y después robarles la luz.

—¡Sí, sí, robarles la luz! —exclamaron muy contentos.

Como todos estaban de acuerdo y muy contentos con la idea, a ninguno se le ocurrió pensar cómo podrían hacer, pero igual decidieron esperar hasta que los hombres terminaran.

Cuando amaneció, volvieron a aparecer los hombres y con las máquinas y martillos empezaron dale que te dale, haciendo tanto ruido que todos los bichos tuvieron que levantarse temprano.

Los hombres estuvieron muchas horas tirando abajo los últimos árboles,

haciendo pozos, poniendo unas cajas grandes y negras con postes, cables, alambrados y hasta un cartel con una calavera que metía miedo por lo fea y tenía escrita la palabra PELIGRO justo abajo.

Los bichos, desde el otro lado del arroyo, seguían mirando muy atentos, tratando de pensar cómo le podían robar la luz a los hombres, cuando de pronto escucharon que uno de los trabajadores gritó “Ahooooooooora” y zmmmmmm, zmmmmmm, un zumbido fuerte, muy fuerte, como el de una abeja gigante, hizo temblar los árboles.

—¿Qué será? —preguntó el bicho viejo.

—Luz no es —comentó Juancho.

—Sol tampoco —dijo otro.

Cuando los hombres terminaron era casi de noche. El zumbido era ahora mucho más suave y apenas se oía. Los bichos resolvieron esperar un poco más y cuando estuvieron seguros de que no quedaba ningún hombre, se colocaron en fila para llevar a cabo el plan de Juancho: ir y robarles la luz eléctrica.

—Tengan cuidado —recomendó el bicho viejo que no podía ir porque ya tenía las alas gastadas.

Como si fueran un montón de aviones pequeños cruzaron el arroyo. El bicho Juancho, que iba adelante, seguía muy preocupado. Ninguno sabía cómo hacer. ¿Dónde guardarían la luz eléctrica los hombres? ¿Estaría en aquellas cajas grandes y negras? Cuando llegaron, todos los bichos se pararon en el cartel con la calavera. Juancho se puso a escuchar. Se dio cuenta de que el zumbido venía de adentro de una de las cajas y que seguía muy bajito por adentro de esas cosas largas y finitas llamadas cables.

Juancho pensó que si ellos podían cortar los cables, entonces la luz saldría y se la podrían llevar, así que les gritó a los demás bichos: “¡A los cables, a los cables!”, pero ninguno se movió.

—¿Qué cosa es un cable? —preguntaron.

Juancho tuvo que explicarles. Entonces sí todos salieron volando y llega-